

POR los años de 18 poco más o menos talamos en los Refrigerador de en la calle de Sa entre Prado y Consulado, los del Figaro y la Habana Elegando a él, además los redactores los semanarios, los periodistas más conocidos y populares, en el Conde Kostia, Pancho Danisco Hermida, Antonio San Martín, Alfredo Martín Morales, Ezequiel Carbó, el padre de Sergio; Edrela Zequeira, Alzamora, el republicano de «La Lucha», Barragvarios; y Pedro Giralt, ya viejo juventud, y con el cual placiale lista hablar largas horas de los encantos de la estrellada bóvte, que él conocía como si fues particular, en las claras noches rales, cuando Sirio, Venus, Mart y demás magnates del espacio, con sus brillantes esplendores. Eces éramos compañeros en la de «La Iberia», periódico sagas dado y dirigido por el tío del chardo, Don Andrés de la Cr y a parte el talento de Don P los teníamos muchas cosas er parecíamos bastante. Dado n rácter paciente, y nuestra mod génita, cargábamos en aquel con el trabajo absorventa y an convierte al periodista en un vulgar de la pluma. Con esta, utijeras; y un frasco de micilabamos más de las dos tercer del periódico, aparte nuestras originales a que nos habíamos c tido: así es que cuando terr

allí; y algunas no usaban
o ya eran otras las cabezas
Club, una sombrera, en
Después ocupó aquel local
ercio y muy considerado en
na sombra. Era muy queri

2143
LISTOS

VIEJAS POSTALES Descoloridas

(Viene de la pág. QUINCE)

a la venta, el laguer-beer en la Habana; allá por los años del 79-80-81, etc, el cual se recibía de New York en barricas; y se destallaba en vaso de diez centavos billete, con acompañamiento de lonjas de jamón o cuadrados trocitos de queso, a escoger. Lo que se consumió hasta entonces, y por cierto en desmedida abundancia, era la cerveza inglesa marca «T», que venía embasada en toscas botellas de barro; las cuales ya vacías, se utilizaban en los jardines particulares para demarcar los canteros. Aún no se habían fundado ni La Tropical ni La Polar. La primera se fundó en el año 1888 y su fábrica de hielo en 1924. Cuando empezó a conocerse y popularizarse el laguer en la Habana, algunos consumidores, aún no habituados, y para soportar su pronunciado amargor, lo tomaban con «un poco de sirope»; y de ello hizo buena burla, como se recordará, en sus humorísticas crónicas, el querido y malgrado periodista Victor Muñoz; casi casi, hasta no hace mucho, relativamente, nuestra modesta Habana era una aldea grande que en materia de bebidas y refrescos se contentaba con el «drake», el «meneao», el «martínez campos», «una Campana con gotas amargas», y el «chichipó», gaseosa a la que le dió ese nombre su primer fabricante Chichí Pó; excepción hecha, desde luego, del Néctar Soda de San Rafael «El Decano» que señaló, hasta hace poco, un honroso aparte aristocrático en el ramo; y que por lo antiguo, quizás fuese el primer refresco que saboreó Colón, después de celebrar la primera misa cabe la histórica Ceiba del Templete.

Todo el establecimiento se concretaba a un estrecho y reducido local, con diez o doce sillas a lo sumo, a ambos lados; y al fondo, la alta y niquelada mesa mostrador en la que se asentaba el también niquelado recipiente, que contenía el exquisito y bien preparado refresco, el cual hacía salir oprimiendo arriba una diminuta perinola, el mismo propietario del establecimiento, aquel individuo rechoncho, de mediana estatura, rubicundo rostro y barba terminada en punta, que estuvo sirviendo tan grato néctar a sus asiduos clientes, día y noche, durante más de cuarenta años; hasta que les cedió el negocio a sus sobrinos, y éstos lo explotaron un buen tiempo. Este pequeño local que no ocuparía más de cinco me-

ASI CO
CON L

A

P AHOR
Tubo
Tubo
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

DOR los años de 1888 a 1892, poco más o menos, lo instalamos en los altos del Refrigerador de Mantecón en la calle de San Rafael

entre Prado y Consulado, los redactores del Figaro y la Habana Elegante, acudiendo a él, además los redactores de ambos semanarios, los periodistas entonces más conocidos y populares, entre ellos el Conde Kostia, Pancho Daniel, Francisco Hermida, Antonio San Miguel, Alfredo Martín Morales, Ezequiel García, Carbó, el padre de Sergio; Eduardo Varela Zequeira, Alzamora, el repórter palaciego de «La Lucha», Barraga y otros varios; y Pedro Giralt, ya viejo desde su juventud, y con el cual placiale al postalista hablar largas horas del misterio y los encantos de la estrellada bóveda celeste, que él conocía como si fuese su casa particular, en las claras noches primaverales, cuando Sirio, Venus, Marte, Júpiter, y demás magnates del espacio, reinaban con sus brillantes esplendores. Por entonces éramos compañeros en la redacción de «La Iberia», periódico sagastino, fundado y dirigido por el tío del poeta Pichardo, Don Andrés de la Cruz Prieto; y a parte el talento de Don Pedro, ambos teníamos muchas cosas en que nos parecíamos bastante. Dado nuestro carácter paciente, y nuestra modestia congénita, cargábamos en aquel periódico con el trabajo absorbente y anónimo que convierte al periodista en un jornalero vulgar de la pluma. Con esta, unas buenas tijeras; y un frasco de micilago, llenábamos más de las dos terceras partes del periódico, aparte nuestras secciones originales a que nos habíamos comprometido; así es que cuando terminábamos nuestra tarea, quedábamos verdaderamente rendidos. Al despedirnos en la puerta de la redacción, siempre nos decíamos:

—Hasta la noche, en el «Braseri».

Don Pedro solía llevar a veces un pequeño catalejo consigo; y se pasaba las horas sondeando el cielo en un extremo del balcón del «Braseri», mientras los otros discutían allá dentro de política, o se entregaban a los chismorreos periodísticos, que casi siempre giraban alrededor de los «chocolates» —chivos— de la Intendencia de Hacienda. Se podía estar una hora entera oyendo hablar a Don Pedro, sin cansarse: Hablaba de todo con interés y amenidad; y respondía a cuanto se le preguntase.

Era como se dice de uno que sabe de todo, un libro abierto; acompañándole además una memoria asombrosa. De Física, de química, de matemática, de geografía, de botánica, de astronomía, ¿de qué no sabía Don Pedro? En historia era un César Cantú hablado. Cuando se le tocaba el punto vulnerable —la historia de Cataluña— se explayaba refiriéndonos, una por una, la historia y biografía de todos sus condes, complaciéndose en demostrarnos que sus paisanos los almogávares habían dominado en el mundo entero y realizado las más gloriosas hazañas. Estaba al tanto de los últimos descubrimientos, científicos; profetizando, por simples consecuencias, las invenciones que tendrían lugar en el futuro, como el fonógrafo, el cine, etc.

—Eso de la duración de la imagen en la retirada que se estudia en física—nos decía—es una cosa que dará mucho de sí con el tiempo. Porque...

Y allá iba una larga explicación llena de lógica y «evidencias», que el tiempo se encargó de confirmarnos eventualmente, como hemos visto.

viejas postales descoloridas,

EL BRASERI-CLUB



Se sabía de memoria el Quijote, de cuyas bellezas tenemos la idea de que publicó una vez, en un pequeño tomo, una lección muy interesante. Entre sus proyectos literarios contaba una traducción al castellano de la «Atlántida» de Don Jacinto Verdaguer, que no sabemos si al fin logró llevar a cabo. Vestía Don Pedro invariablemente traje color negro, chaquet y bombín; destacándose en su rostro de acentuado perfil catalánico —recio el mentón y la tez pálida— su barba tirando a rojo, corrida y bien cuidada. Había en sus ojos una chispa de inextinguible. Razaría en los treinta años, edad que en aquel entonces se consideraba proveya. Su modestia y su bondad eran tan grandes como su talento. No perdió nunca su marcado acento catalán. Era un archivo de fechas y una viviente colección de acontecimientos y pasajes célebres. Hoy nos hubiera servido a maravillas en nuestros trabajos periodísticos; pero entonces no «escribíamos postales»; sino que las «vivíamos».

Por aquel tiempo frecuentábamos también a menudo la famosa e inolvidable «Bodega de Alfonso»; pero allí tenían nuestras reuniones más aspecto de franquachelas. El «Braseri» era más serio, más literario, digamos. Nos parece que Don Pedro fué poco a casa de Alonso, o acaso no fué nunca; era comedido y sobrio en todo.

Salíamos del periódico «La Iberia», como dijimos, verdaderamente abrumados por el excesivo trabajo. Existían entonces en la prensa diaria muchas secciones que hoy han desaparecido, como por ejemplo, la llamada «Las Provincias», que se llenaba recortando y reproduciendo noticias y sucesos que publicaban los periódicos de la isla; y cuya redacción invariablemente se encabezaba con esta muletilla: «Nos escriben de Guayacabuya»; «Nos dicen de Pijirigua»; «Cortamos y pegamos del Diario de tal parte»; y también la de «Noticias varias», sacadas a punta de tijera de cuantos periódicos de la isla y extranjeros caían en la redacción, como canje. Había periódicos que ofrecían un buen caudal de informaciones y de tijeretazos, entre los que recordamos: «La Luz», de Guanajay; que dirigía el culto y laborioso periodista de aquella villa don Joaquín M. Aramburo. «El Imparcial», de Matanzas, a cargo de Alvaro de la Iglesia; el «Diario de Las Villas», de Cienfuegos; «El Diario de Santiago de Cuba»; y otros de aquella ciudad en que figuraban las chispeantes plumas de Duczkal, Pepe Tamayo y más ricientemente, la de Aristigueta; «El Mayabeque», de Guines, etc.

Hoy, los infinitos corresponsales con que cuentan en el interior las estaciones de radio, le han quitado interés a los sucesos de provincias; los que el público habanero conoce casi al mismo tiempo de haber tenido lugar y cuya facilidad enojosa de transmisión nos pone a veces en auto de algunos, sin verdadera importancia. Así como se dice hoy de un hábil periodista para calificarlo: «Es una buena pluma»; se decía entonces de otros «Es una buena tijera». Don José Triay, y con justa razón, figuraba en el número de estos últimos; siempre tenía interés, o merecía leerse, lo que él tijereteaba.

Sentados cómodamente en el balcón de nuestro «Braseri», oíamos sus socios, las temporadas de ópera, las tiple y los tenores con que el empresario italiano Sieni, «Napolione», el insustituible Sieni—durante años y años amenizara sus elencos líricos; y aunque todos, en nuestra calidad de periodistas en activo, gozábamos de entrada de favor en el gran Teatro de Tacón, allí vecino, en aquel «Balcony» nos veíamos libres de las exigencias de la etiqueta; y podíamos entablar sin cortapisa las más acaloradas discusiones acerca de los cantantes y de las obras, cuyas nuevas tendencias ya se advierten en «Payasos» y «Cavalleria Rusticana»; y que más tarde se manifestaron en toda su plenitud en «Manón», «Andrea Chenier», «Bohemia», «Tosca», etc. Don Pedro votaba a favor de la antigua ópera italiana. —La melodie; la melodie— repetía con la insistencia de un programa.

Gozaba el Teatro Tacón por entonces, y no sabemos si aún la conserva, la concesión especial otorgada por el Municipio, de que en noche de ópera no circularsen vehículos de ninguna clase por el tramo de calle de su costado izquierdo, San Rafael entre Prado y Consulado; de manera que aquél resultaba un patio tranquilo desde el que se podía oír en toda su pureza la voz de los cantantes; una botella «callejera», como si dijéramos, de la que disfrutaron seguramente no pocos de nuestros lectores, algunos con mayor gusto y sosiego, caso, que los que experimentan hoy en sus cómodos butacones de primeras filas; pagados con usura a los revendedores.

Empezábamos a reunirnos en el «Braseri» después de las diez de la noche; pero cuando se veía más animado era después de terminada las funciones de los teatros: «Albiu», con su zarzuela española, en la que se destacaban Villareal, Piquer, el tenor mallorquín Massanet, que tanto se había aplaudir en el género grande; la Rusquella; la Nalbert; o alguna

otra afamada tiple española que siempre figuraba en el cartel; Tacón, con su compañía de ópera o alguna dramática avalorada con los nombres de Don Antonio Vico, Sarah Bernhart, Emmanuel, Novelli, la Reiter etc., acerca de los cuales sostenían las más calurosas y a veces, enconadas discusiones los dos cronistas que compartían el cetro de la de teatros: Hermida y el Conde Kostia. Resultaba que Hermida casi siempre había conocido a aquellos artistas en su país de origen; y cada rato citaba a Venecia, o no a cuento, en sus conversaciones de arte. Una vez que Hernández Miyares preparaba un número de Semana Santa, de «La Habana Elegante» al distribuir los trabajos entre sus amigos, según sus inclinaciones, nos hizo reír al decirle a Hermida:

—Usted, Don Pancho; recuerde a ver si se encontró a Judas alguna vez en Venecia; y escribame algo sobre eso.

Allí, en el «Braseri Club», le dimos a Julián del Casal una fiestecita de despedida, la noche antes de emprender su viaje a España; y allí también le ofrecimos otra de cariñoso recibimiento, cuando volvió años después, triste y desencantado; de su precaria estancia en la Villa y Corte, que lo era entonces de los milagros para los poetas de su estirpe. Igual odisea había sufrido en pasadas épocas, el poeta natural de Matanzas, Relito Otero quien después de una temporada de privaciones volvió a su encantadora ciudad natal, para, al poco tiempo, languidecer y morir asilado en un manicomio... Allí, en el «Braseri Club», se concertó en principio aquel famoso duelo entre Antonio San Miguel, director de «La Lucha», y Santos Villa, de «La Discusión», con motivo de un reportaje sobre un secuestro de Manuel García; allí nos leía Alfredo Martín sus artículos de «La Lucha», encantándonos con la exhuberancia y pomposidad de aquella su exquisita prosa que manejaba como uno de los grandes maestros del habla castellana; allí nos deleitaba, y enseñaba, Valdivia, recitándonos en francés los yámbicos sonoros y fustigantes de Barbier; los exquisitos poemas de Alfredo de Musset:

Je suis Mimí Pinsón...

Y allí al «Braseri», venía con frecuencia Prellezzo, aquel pintoresco bohemio que conocía toda la Habana y que se hizo célebre por su vida fantástica y paradójica. Entretenía oírle contar sus viajes muchos desde luego, imaginarios. Según él, había residido largas temporadas en la India, en el Egipto, en la China, en el Japón; y aquí sobre todo, había tenido grandes amistades con los «samurais», nobles del país; algunos de los cuales ostentaban nombres tan pintorescos como «Cocotazo», «Chuchumeco», «Tacotaco», «Basurita» y otros de igual estructura eufónica, desde luego, inversión del incorregible mentiroso.

Algunas veces Mantecón, el dueño de la barra que había establecida en el piso bajo, subía al «Braseri» a hacernos compañía; y no pocos de nosotros, al verlo, nos echábamos a temblar, pensando en las respectivas cuentecitas que saldábamos con harta morosidad; pero el bueno de Mantecón nos volvía el alma al cuerpo diciéndonos.

No se ocupen, muchachos; cuando publiquen sus libros ya las saldarán.

Pocos libros publicamos; y ya puede sacarse la consecuencia.

Este bar de Mantecón, por ser uno de los primeros que dio a conocer, y puso

DE LA HABANA

(Continúa en la página 16)